

Invitados por Dios a recorrer el Camino Real y ganar un capital espiritual.. ¿que durará para siempre!

Mi experiencia del Camino Ignaciano por Oscar Momanyi, SJ

Un antiguo camino real español conecta las veintiuna misiones franciscanas de California, desde la Misión de San Diego de Alcalá, en San Diego, al sur, hasta la Misión de San Francisco Solano, en Sonoma, al norte. El camino tenía un nombre único, por no decir interesante: El Camino Real. El camino real puede traducirse vagamente al inglés como "the real way". Este camino se ha convertido para mí en un símbolo de la peregrinación que sigo "recorriendo" en mi vida diaria. Después de tener la experiencia de caminar por El Camino Ignaciano, me sentí invitado a vivir los frutos de esa peregrinación en la "vida real". En otras palabras, fui invitado por Dios a caminar por el camino real.

A menudo oigo decir a la gente, después de una experiencia como una peregrinación a lugares santos, que cuando vuelven a casa, la vida sigue como siempre. Parecen dar a entender que la vida sigue siendo la misma que antes de emprender el viaje. Tiendo a pensar que, aunque la sensación de uniformidad pueda estar ahí, Dios trabaja continuamente al peregrino mientras vive su vida cotidiana después de las experiencias espirituales de la peregrinación. Cuando uno vuelve a la "vida real" Dios sigue obrando en sus misteriosos caminos mientras el peregrino recorre el camino real. La peregrinación continúa en lo más profundo del peregrino de forma consciente (al revivir los recuerdos y las gracias recibidas en la peregrinación) o inconsciente. Dios actúa en el corazón del peregrino llamándole a una conversión continua. Sólo Dios puede decir qué espíritu nuevo se está formando gradualmente en las profundidades del peregrino.

La primera pregunta que me vino a la mente al embarcarme en el Camino en el verano de 2015 fue: ¿para qué sirve peregrinar? Mi razón principal para peregrinar por El Camino Ignaciano era ganar lo que San Ignacio de Loyola llama, en las Constituciones, "capital espiritual" que me permitiera crecer en el amor de Dios. Con este capital espiritual, sería capaz de servir a otras personas. Encontré en el Camino una forma de vaciarme para estar disponible para los demás. Era un camino de sanación que me permitiría ser libre para servir.

Traje al Camino algunos asuntos de mi vida que quería conversar con Dios y con los demás mientras caminaba. Me sentí apoyada y escuchada por Dios y por mis compañeros peregrinos mientras caminábamos juntos. Me sentí fortalecida y amada tal como soy, un ser humano imperfecto pero llamado a ser cristiano.

Al final del Camino, sentí que la curación y el amor de Dios invadían mi conciencia. El Camino no fue sólo una aventura turística, sino un viaje exterior que me llevó a una transformación interior que continúa a lo largo de mi vida. La transformación espiritual se fue produciendo lentamente, a veces de forma imperceptible, en mi corazón y en el de los demás peregrinos. Mientras caminaba bajo el calor del verano español, no cesaba de recordarme que debía confiar en que Dios era quien obraba en mí, incluso cuando no sentía su presencia.

El Camino profundizó mi amor por San Ignacio debido a las experiencias de primera mano de los lugares donde el Santo vivió sus años de formación. Mientras caminaba por Loyola, Montserrat y Manresa, me impregné del espíritu de San Ignacio de un modo radical. Al final de la peregrinación, sentí un profundo deseo de intimidad con Dios, tal como lo experimentó San Ignacio cuando recorrió ese camino siglos antes. Aprendí muchas cosas sobre mí mismo, sobre San Ignacio y sobre Dios mientras caminaba. Sentí que Dios siempre camina conmigo en compañía de mis compañeros peregrinos cristianos. El camino cristiano, al igual que la peregrinación a pie, no es fácil; hay altibajos, pero lo importante es seguir adelante.

La peregrinación me ayudó a profundizar mi confianza en la providencia de Dios. Cada mañana nos levantábamos sin saber lo que nos íbamos a encontrar por delante, pero siempre con la esperanza de acercarnos a Dios a medida que avanzábamos por el camino. Las flechas naranjas y las placas verdes eran nuestra guía. Las flechas señalaban hacia dónde teníamos que ir, y confiábamos en que esas flechas nos llevarían en la dirección correcta. Estas flechas eran un símbolo de las personas en mi vida que han caminado conmigo ayudándome a descubrir la voluntad de Dios en mi vida. Nuestro guía, el P. José Lluís Iriberry, era una de esas personas. Su disponibilidad a su misión como guía de los peregrinos, su amor y amabilidad con nosotros nos señalaron a Dios. Al reflexionar sobre esta experiencia, me sentí desafiado a ser una flecha que señale a los demás la dirección correcta: hacia lo que Dios quiere que sean. Di gracias a Dios por enviar a mi vida a personas que, con su vida de fe, me han ayudado a seguir el camino cristiano.

Durante la peregrinación, hubo ocasiones en las que no acertamos con las flechas y nos perdimos durante un rato. En tales situaciones, el P. Iriberry seguía a una persona o a un grupo que se había perdido y les devolvía al camino. También ésta era una poderosa imagen de nuestra vida cristiana. A veces podemos perder de vista nuestro camino cristiano, pero Dios sigue buscándonos y nos devuelve a la dirección correcta. Cuando reflexiono sobre esto, me viene a la mente la parábola de la oveja perdida del capítulo 15 de Lucas, en la que el pastor deja el gran rebaño de ovejas y se desvía de su camino para buscar una oveja perdida y la trae de vuelta, tal vez llevándola al hombro.

La vida frugal que llevábamos a lo largo de la peregrinación también me llevó a valorar la providencia de Dios y a ser solidario con los pobres. En los albergues que nos alojábamos a lo largo del Camino Ignaciano, teníamos que compartir

las comodidades mínimas que había. Esa vida frugal me hizo ver lo individualista que me había vuelto. La necesidad de compartir las cosas que he recibido de Dios fue una invitación que recibí mientras recorría el Camino. Ser solidario con los pobres y compartir lo que tengo fue una lección que aprendí mientras caminaba. No tengo que dar nada grande a los pobres, a veces mi presencia entre ellos es lo que Dios desea más que los bienes materiales.

La experiencia de rezar juntos cada mañana y cada tarde durante la Misa fue significativa. Cada mañana, caminábamos dos horas en silencio, meditando sobre un tema de los *Ejercicios Espirituales* que se nos presentaba al principio del día. En ese silencio, experimenté que estaba profundamente unido a Dios y a mis compañeros peregrinos mientras caminábamos. Una tarde, decidimos caminar en silencio rezando cada uno el Examen de conciencia. Mientras caminaba junto a un compañero peregrino, sentí la presencia de Jesús en mi compañero. Aquella experiencia me llevó a reflexionar sobre la caminata de Jesús con los discípulos de Emaús en Lucas 24:13-35. A veces es difícil reconocer la presencia de Jesús en nuestras experiencias vitales ordinarias hasta que se nos abren los ojos mediante la reflexión y la oración. Me sentí llamado a una intimidad más profunda con Jesús a través de la oración mientras caminaba esa noche. Jesús siempre camina con nosotros, incluso en los momentos difíciles, cuando no sentimos su presencia.

Había un buen ambiente de comunidad entre los peregrinos. Aunque éramos de culturas diferentes, la gente se cuidaba mutuamente y tendía la mano a los que necesitaban apoyo. Éramos realmente "amigos en el Señor", como se llamaban a sí mismos los primeros compañeros jesuitas. Es la misma amistad que se puede ver en Samwise Gamgee y Frodo Bagins en su peregrinación en la trilogía de J.R.R Tolkien *El Señor de los Anillos*. En las buenas y en las malas, Sam y Frodo permanecieron juntos. El viaje cristiano es un viaje de amistad; haces tantos amigos como puedes a lo largo del camino.

Aunque las personas de nuestro grupo de peregrinación plantearon diferentes perspectivas que podrían dividir fácilmente al grupo, seguía existiendo un sentimiento de entendimiento y de seguir adelante con una misión común como cristianos. Todos necesitamos una comunidad para florecer. Imagino que caminar como peregrino solitario habría sido más difícil. La comunidad es un medio en el que encuentro alegría y plenitud. Es en el contexto de mi comunidad de peregrinos donde experimenté el amor y el cuidado de Dios por mí. Esa comunidad me enseñó también a estar disponible y a cuidar de los demás.

Comer juntos fue otro símbolo poderoso durante el Camino. Recuerdo un día que habíamos caminado muchos kilómetros sin encontrar una sombra donde descansar y comer. De repente, encontramos un pequeño cobertizo en una granja. Aquel cobertizo se convirtió en una bendición para nosotros. Nos metimos debajo y empezamos a comer allí sin pensar en lo sucio que parecía el lugar. Lo importante para nosotros era que estábamos unidos en Dios y que todos íbamos en la misma dirección. Comer juntos nos hizo unirnos en el amor. A medida que avanzaba la peregrinación, me di cuenta de que cada vez nos sentíamos más a gusto los unos con los otros, especialmente durante las comidas. La Eucaristía también fue otro "momento de comida" que nos unió profundamente. Hay varios proverbios africanos que subrayan la importancia de comer juntos como forma de construir la comunión. Por ejemplo, hay uno que dice: "¡los que comen juntos nunca se comen los unos a los otros!"

La diversidad de perspectivas culturales de nuestro grupo de peregrinos también me ayudó a apreciar nuestra humanidad. Nuestro grupo estaba compuesto por peregrinos de España, Vietnam, Filipinas, México, Kenia y Estados Unidos de América. Todos estábamos reunidos como hijos de Dios en un viaje común. A pesar de la diversidad del mundo, todos los seres humanos hemos sido creados a imagen de Dios. Nuestra dignidad nos ha sido otorgada por Dios, y por eso todos estamos juntos en el camino cristiano. Todos somos pueblo de Dios, independientemente de nuestra raza o sexo. Esto no significa que debamos olvidar nuestra diversidad; celebramos las perspectivas culturales de los demás mientras compartimos las historias de nuestras vidas en el camino. La hospitalidad mutua, incluso cuando éramos diferentes, fue un sello distintivo de nuestra peregrinación, y esto me ayudó a discernir cómo ser hospitalario con los demás, especialmente con los extranjeros y los pobres.

La peregrinación también conllevó sufrimiento: caminar a altas temperaturas, largas distancias a las que no estaba acostumbrado, ampollas, rodillas doloridas, robo de parte de nuestro equipaje, etc. La mayor parte de la caminata que hicimos en el Camino fue por entornos desérticos. Esto me recordó las tentaciones de Jesús en el desierto, en Mateo 4:1-11. Fue una experiencia de lucha para mí. Fue una experiencia de lucha para mi alma de la que surgiría una nueva identidad, por la gracia de Dios. Esta experiencia del desierto fue necesaria para mi lenta conversión a la persona que Dios quiere que llegue a ser. El Camino me recordó que, incluso cuando tengo la tentación de abandonar mi peregrinación cristiana, no debo ceder a la tentación, sino seguir avanzando por el camino hacia Dios.

A través de la experiencia de sufrir el dolor de caminar por el desierto, me identifiqué con el Jesús crucificado que colgaba de la cruz. La miseria y el dolor me recordaron que sólo soy humano y que el sufrimiento forma parte de mi vida humana. Mi actitud hacia el sufrimiento cambió durante el Camino. Tuve la sensación de que, aun padeciendo ese sufrimiento, seguía sintiéndome unido a Jesús y a los demás compañeros con los que caminaba. No sufro solo; sufro con los demás. Sentía dolor, pero también una profunda alegría.

El sufrimiento que padecía era una especie de purificación que iba a hacer de mí una persona mejor en la vida. Era una invitación a ir al desierto, lejos de las comodidades cotidianas, donde podía encontrar a Dios de una manera

radical. El sufrimiento no es necesariamente algo negativo: del sufrimiento que experimentamos pueden salir cosas buenas. Después de la muerte, siempre hay esperanza de resurrección.

Las heridas que había sufrido en mi vida hasta el momento de peregrinar se curaban continuamente mientras caminaba en presencia de los demás y de Dios. Me sentí llamado a ser un "sanador de heridos", un instrumento de reconciliación y servicio a los necesitados, los *anawim*. Como cristianos, todos estamos heridos de un modo u otro, pero caminando juntos y apoyándonos unos a otros en el camino, podemos ser capaces de curar las heridas de los demás.

El tema del sufrimiento permaneció conmigo mientras contemplaba la fachada de la Pasión de la Basílica de la Sagrada Familia de Barcelona con sus horripilantes imágenes de la pasión de Jesús, me sentí unido a Jesús mientras sufría allí en la cruz. Esto me recordó la tercera semana de los *Ejercicios Espirituales*, donde el ejercitante contempla la pasión de Cristo pidiendo "[...] dolor con el dolor de Cristo, angustia con Cristo angustiado, lágrimas y dolor profundo por la gran aflicción que Cristo sufre por mí" (Ejercicios Espirituales nº 203). Al recordar los caminos difíciles del Camino en los que estuve a punto de abandonar por el dolor físico que suponían, ahora puedo ver cómo Dios seguía dándome esperanza y fuerza para continuar del mismo modo que lo hace en mi vida cristiana. Eran momentos en los que estaba siendo purificado por el sufrimiento que me llevaría a la resurrección.

La peregrinación me acercó cada vez más a la Virgen. Visitamos muchas capillas de Nuestra Señora y vimos muchos retratos y estatuas suyas a lo largo del camino. Nos acompañó en todo momento. Su compañía ayudó a aumentar mi devoción y amor por la Madre de Nuestro Señor Jesucristo. Sentí su protección y su guía mientras caminábamos. Rezamos el rosario y cantamos himnos marianos en varias ocasiones.

Dos incidentes, que ilustran la caridad cristiana, se me han quedado grabados en la mente de un modo profundo. Cuando íbamos de Montserrat a Manresa, a una temperatura muy alta, un peregrino no pudo seguir el ritmo de la difícil caminata. Su compañero se ofreció a cargar con el cansado peregrino. Aquello fue para mí una imagen de cómo Dios nos ayuda a lo largo del camino cristiano cuando pasamos por pruebas y tentaciones. En otro momento del camino, otros peregrinos se habían quedado rezagados durante mucho tiempo. El grupo de delante se preguntaba qué pasaba, pero ellos seguían esperando. Dos peregrinos se ofrecieron voluntarios para volver corriendo y comprobar qué les pasaba a los otros peregrinos. Se ofrecieron a ayudarles a llevar su equipaje para aligerar la carga de aquellos cansados peregrinos. Dios cuida de nosotros de la misma manera. Él carga por nosotros el pesado equipaje que llevamos para que podamos caminar con facilidad. Esto me recordó a Mateo 11:28 donde Jesús dice: "Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré".

Estos ejemplos de generosidad de los peregrinos hacia otros peregrinos que sufrían fueron un reto para mí. No dejaba de preguntarme: ¿cómo cuido yo de los que necesitan mi ayuda? ¿Me desvío de mi camino para ayudar a los necesitados? Son preguntas sobre las que seguiré reflexionando a medida que continúe con mi vida cristiana. La hospitalidad hacia los demás es un tema que aprendí en la peregrinación. Los *hospitaleros* de los albergues donde nos alojamos me enseñaron de primera mano a cuidar de los demás aunque no los conozca. La palabra *hospitalero*, que describe a cualquier persona hospitalaria o encargada de cuidar a otra, me cautivó porque implica *Cura Personalis*, ese cuidado personal de los individuos con los que entramos en contacto. Durante la peregrinación, sentí que Dios me llamaba a ser un verdadero *hospitalero* para las personas que encontrara a lo largo de mi viaje de peregrinación.

La peregrinación también me enseñó sobre el cuidado del medio ambiente. Las altas temperaturas que experimentamos mientras caminábamos se debían en parte al calentamiento global provocado por las actividades humanas que causan la degradación del medio ambiente. El agua fue otro tema medioambiental que me concienció de una forma nueva mientras caminaba por el Camino. Mi aprecio por el valor del agua alcanzó un nuevo nivel mientras caminábamos por la ruta de San Ignacio. Teníamos que llevar agua suficiente para todo el día. Hasta entonces había dado por sentado la suerte que tenía de disponer de agua en todo momento. Mientras caminaba con cantidades limitadas de agua, me sentí solidario con las personas que viven sus vidas con poca o ninguna agua.

Mientras caminaba bajo el calor con un suministro mínimo de agua, me sentí desafiado a ser un administrador de los recursos ambientales que Dios nos ha concedido como el Papa Francisco anima a todas las personas de buena voluntad en su encíclica *Laudato si*. El medio ambiente es un don de Dios que necesita la protección humana para sustentar la vida humana. Todo lo que Dios creó en la tierra es bueno (I Timoteo 4:4) y, como hijos de Dios, es nuestro deber preservar esa bondad. Creo que la preservación del medio ambiente empieza por mí. A través de mi ejemplo de buenas prácticas medioambientales puedo influir en los demás para que hagan lo mismo. Es una llamada personal a la que Dios me invitó de forma radical mientras caminaba bajo aquel calor y sintiendo sed.

Mientras caminábamos por el Camino de San Ignacio, nos encontrábamos continuamente con flechas amarillas que apuntaban hacia Santiago de Compostela, mientras que las flechas naranjas que seguíamos apuntaban hacia Manresa. Esto se convirtió para mí en la imagen de los santos, en este caso Santiago Apóstol y San Ignacio de Loyola. Los santos nos señalan a Dios, pero de diferentes maneras. Vivieron sus vocaciones en lugares y tiempos diferentes. Tomaron caminos diferentes hacia Dios pero, al final, se unieron a Dios a través de sus diferentes caminos. Esto me recordó que, aunque haya múltiples vocaciones, todos los cristianos apuntan en la misma dirección hacia Dios.

Los caminos que tomamos al seguir nuestras diferentes sendas vocacionales no importan mientras todos estemos en camino hacia Dios. Esto me llevó a reflexionar sobre las relaciones entre los laicos y el clero en la Iglesia. La tentación

del clericalismo y del abuso de poder en detrimento de la Iglesia es real. Recé para seguir apreciando el papel de los laicos en la Iglesia y evitar las tentaciones del clericalismo, ya que tanto la vocación laical como la clerical son dos caras de la misma moneda. Tanto los clérigos como los laicos pertenecen a un mismo pueblo de Dios que los llamó a sus correspondientes caminos vocacionales.

Mientras peregrinábamos, nos encontramos con muchas iglesias de arquitectura diversa y otras obras de arte. Esas representaciones artísticas barrocas, románicas, góticas y modernas eran símbolos a través de los cuales Dios comunica a las mentes humanas finitas su presencia y su amor por nosotros. A través de estas representaciones hechas por el hombre, pudimos vislumbrar a Dios y su amor por la humanidad. El arte se convirtió en un conducto a través del cual nuestros corazones se conmovieron y se elevaron hacia Dios, cuya belleza supera todo lo que los seres humanos pueden concebir. A medida que continuábamos nuestra peregrinación, también íbamos aprendiendo la historia y la cultura europeas, aparte del fruto espiritual que obteníamos de la peregrinación.

Tres meses después de El Camino Ignaciano, algunos peregrinos se reunieron para compartir cómo Dios había seguido caminando con ellos en su vida cotidiana o cómo Dios había seguido caminando con ellos en "el camino real". Me llené de alegría y asombro al ver cómo Dios seguía manifestando su presencia en las vidas de mis compañeros peregrinos. Seguíamos caminando juntos, en nuestras diferentes vocaciones, pero con la misma visión: hacia Dios. Seguíamos siendo solidarios los unos con los otros, incluso después de meses de peregrinación. Nuestra compañía en el camino, guiada por San Ignacio y Cristo, continúa a lo largo de nuestras vidas. Mientras escuchaba a los demás compartir sus viajes, me di cuenta de que lo que habíamos emprendido tres meses antes era un viaje juntos para toda la vida. Siempre creceremos juntos en el amor de Dios allí donde Dios nos envíe en nuestra misión diaria de evangelización.